El dolor ciático recurrente que se quedó a medio investigar

Había acabado la residencia hacía unos meses y empecé a trabajar en el centro de salud dónde estoy ahora, en un barrio humilde delante del mar. Me vino a ver Manuel, un chico de 40 años, con un dolor en la cara lateral de la pierna. Primero parecía muscular, pero el dolor persistía y aumentaba hasta que no podía caminar. Le hice varias pruebas, todas normales (electromiograma, radiografías óseas, TAC dorsal). Hablé con el traumatólogo de referencia, que me recomendó que le diera mórficos para el dolor. No me pareció lógico dar mórficos para un dolor del que no sabíamos el origen, así que seguí buscando.

Lo derivé al reumatólogo, pero cómo el chico estaba tan invalidado que no podía caminar, no vino a la visita.

Lo mandé varias veces a urgencias con la nota de "se ruega ingreso para estudio de dolor invalidante", pero lo veían en trauma y lo daban de alta con el diagnóstico de ciática.

Resumen. Finalmente acudió a la visita del reumatólogo del CAP, que le programó un ingreso para estudio (con esto habían pasado ya más de dos meses del inicio del dolor), donde en un TAC de alta resolución (no se veía en el TAC normal, qué mala leche tienen las enfermedades a veces...) se vio una lesión lítica en la vértebra, con compresión de la raíz. Estudio completo: neo pulmón, muerte en unos meses.

El chico vivía con los padres. Tenía un hermano, con el que los padres tenían poca relación. Imaginaros el drama para los padres, y lo complicada que se volvió mi relación con ellos, cuando venían a la consulta llorando y preguntando cómo había podido pasar eso. Un factor que ayudó a complicar nuestra relación fue cuando en el hospital le dijeron a la madre: "Si lo hubiésemos visto antes, cómo han tardado tanto?". ¿Cómo se puede ser tan desalmado? Le expliqué a la madre (y a mí misma) que cuando empezó el dolor ya tenía la metástasis, que no se hubiese podido salvar, pero la frase del médico del hospital se le quedó clavada, claro.

Pensé varias veces en qué hubiera podido hacer diferente. Supongo que si me hubiera pasado ahora habría sabido a qué puertas llamar para acelerar el ingreso, pero me pilló muy verde. El desenlace habría sido el mismo, pero el chico y los padres se habrían ahorrado los dos meses de sufrimiento en casa.

La relación con los padres nunca se recompuso. La madre no se recuperó de la muerte del hijo en los dos años en que la seguí visitando, y a mí se me revolvían las tripas cada vez que venía. No sabía cómo acompañarla en su dolor, ya que en realidad me sentía culpable de cómo habían ido las cosas. Finalmente me quedé embarazada y empecé a hacer reducción de jornada, y una compañera mía asumió un tercio de mis pacientes. La señora María y

su marido fueron unos de los primeros que “le pasé”. Sentía que nuestra relación no era terapéutica. No fue la mejor solución, pero en ese momento fue la única que se me ocurrió.